



EL OFICIO DE ESTAR VIVO

Cesare Pavese
El camarada (1947)

LUIS G. MARTÍN

Una obra de algunos autores inspira admiración; la de otros despierta además afecto, que a la larga es un sentimiento mucho más perdurable. Resulta tristemente irónico que Pavese sea uno de estos últimos, pues al parecer toda su vida estuvo envenenada por la soledad y el desamparo. Se suicidó a causa de ello, tres años después de publicar *El camarada*, cuando su mejor madurez literaria estaba a punto. Su gran obra no llegó a escribirse nunca, y es quizá por eso por lo que resulta tan difícil escoger de entre sus libros sólo uno. *Diálogos con Leucó*, *El bello verano*, *De tu tierra* o *La luna y las fogatas* son también pequeñas obras maestras en las que ese mundo pavesiano lleno de purezas y de dolores luce todas sus galas.

El camarada, como quizá pasa siempre con los libros virtuosos, está hecho de contrarios. Los ojos que miran a través suyo tienen tanta amargura como candidez. Buscan, pero no encuentran casi nada. O aun peor: encuentran lo evidente, lo que ya estaba antes, lo que no hacía falta buscar. Es una virtud de no poco mérito. Nos ofrece esa extraña inteligencia que a menudo sólo vemos en los niños muy pequeños cuando descubren por primera vez las cosas —la belleza, el horror— y las dicen en voz alta. El joven Pablo de *El camarada* no tiene pudor en repetir esas ocurrencias candorosas que nacen del asombro. Al viajar a Genova, la primera gran ciudad que visita en su vida, se siente deslumbrado por el bullicio que contempla, por la mundanidad, por el colorido, y no puede entender que los genoveses sean insensibles a esa maravilla. Dice entonces: «Cómo es la gente. No saben que viven en Génova».

En el año que transcurre entre el principio y el final de *El camarada*, Pablo aprende las humildes verdades del mundo. Es una novela de iniciación, de revelaciones. El mal, como siempre, va gobernando el rumbo de la vida del muchacho y enseñándole sus miserias. Su amigo Amelio, parapléjico a causa de un accidente de moto, es abandonado por todos, incluso por él mismo, que además le traiciona robándole a su novia. Pero el amor no será purificador, sino ponzoñoso; le mostrará a Pablo el engaño, la frivolidad y la fugacidad de los sentimientos. La huida de Turín hacia Roma, en busca de un paraíso en la tierra, no resuelve mucho. Allí aparece ya nitidamente el paisaje de la Italia fascista con sus *camisas negras* y se escuchan los ecos de la guerra de España.

Pero a pesar del título y de ese fondo mussoliniano siniestro, *El camarada* no es una novela política. Pablo se enrola en la Resistencia como se enrola en el amor o en la amistad, como explora los túneles de la vida, como conduce camiones o toca la guitarra para sí mismo. Es la necesidad de vivir. Generosa o mezquinamente, con nobleza o con vergüenza, pero con un poco de ansia siempre. Eso es lo que Pavese salva, la vida más primaria, la de la epidermis, la que los sentidos entien-

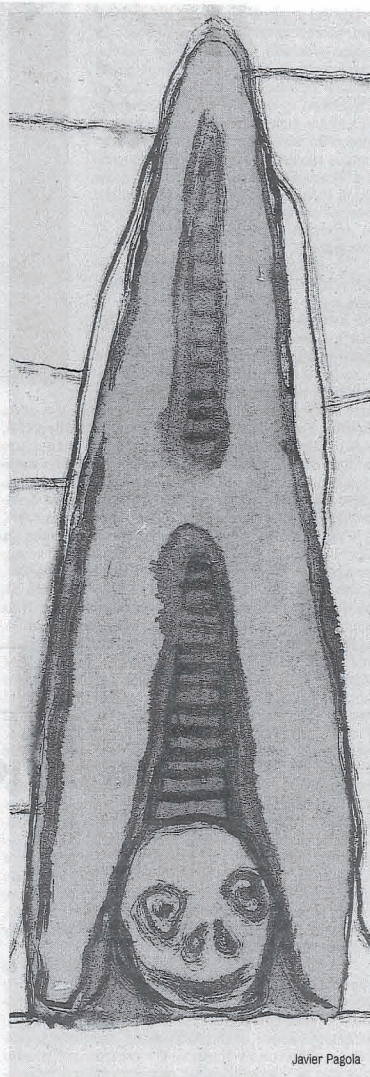
den y descifran: un vino tomado en una taberna de Roma, un paseo por calles solitarias, la tibieza del aire o la llegada a una ciudad extraña de noche se convierten en la médula. Incluso a veces parece que esos placeres insignificantes que se obtienen casi de barattillo compensan la persecución, el desamor y la desesperanza que reinan sin competencia.

La desesperanza está en las palabras de Pablo, en esa prosa de voz anestesiada y monótona que emociona haciendo justamente lo contrario de lo que debía: hablar sin emoción, como si todo estuviera perdido. Es Pavese, inconfundiblemente. Y él mismo, entre cuyas cualidades no figuraba la modestia, lo dice unos meses después de publicar la novela: «Releí, abriendo una página al azar, un trozo del *Camarada*. Mismo efecto que si tocara un cable eléctrico. Hay una tensión superior a la normal, enloquecida, debida a la cadencia esdrújula de las frases. Un impulso continuamente bloqueado. Un jadeo».

Es el sonido literario del silencio, el estilo seco y hasta incoherente, sincopado, lacónico y poco cocinado que le conviene a la soledad y a la incomunicación. Hay un aire de familia con aquel *extranjero* que Camus había alumbrado unos años antes, aunque no tiene mucho que ver las intenciones expresivas de uno y otro. En nada se pone énfasis, nada se subraya demasiado. Se contempla, nada más. El mundo es así. Las preguntas obtienen a menudo respuestas que en realidad son respuestas a otras preguntas diferentes, como en el género del diálogo de besugos. Son malentendidos que nadie deshace, que corren. Pablo ama a mujeres que no le aman y no entienden sus explicaciones. Tampoco él las dará. Repetirá los actos: el silencio se aprende pronto.

Detrás de toda la arquitectura, del velo, está otra vez el desamparo. De Pablo o de Pavese. La misoginia, sello del autor, pinta algunas páginas con tanta tosquedad que no inspira indignación, sino ternura. No es la expresión de un chulo o de un soberbio, sino la de quien no ha conseguido nunca que las mujeres le quieran como desea. La Linda que desaira a Pablo es una caricatura, un trazo de carboncillo en la diagonal de la novela. Enigmática y puta, como en los mejores arquetipos.

El camarada no nos invita a la alegría; si acaso, a la pena. Y sin embargo, las imágenes que deja después de haber pasado —una Roma bellísima y resplandeciente, un grupo de hombres esforzados en la justicia y sacrificados a veces por ella, un conjunto de escenas cotidianas llenas de calidez— son extrañamente esperanzadoras. Otra vez los contrarios: sacar esperanza de la desesperanza pura. Corazón hecho de tripas. Un modo simple, casi banal, de enseñar el oficio de vivir, ese que Pavese no supo desempeñar nunca con mucha maestría. ■



Javier Pagola